

1997 NO SOMOS LIBRES

EL MUNDO. LUNES, 6 DE ENERO DE 1997

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Cada vez resulta más obvio que la palabra, en la Transición, ha terminado su engañoso periplo. El discurso de los hechos abre el pasado al porvenir. Y el de las palabras huecas, empeñado en taponar vanamente la sangrante brecha que la terrible verdad deja traslucir, ya no engaña a nadie. La sociedad está herida de fondo y maltrecha de forma. Más aún que por los conocidos y sospechados crímenes del Gobierno pasado, por el Gobierno del crimen actual. Pues crimen es que toda la vida política gire en torno a trampas y falsedades, a silencios y distracciones para evitar el castigo legal de la evidencia que incrimina a una de las columnas sobre las que se edificó, con celestial cuento de hadas, el Palacio de la Transición. Todo lo que hoy pasa en España, desde el bastardo expediente a esos honestos fiscales que investigan deshonestos secretos del poder, hasta la batalla del fútbol televisado para monopolizar la información, está decisivamente condicionado por ese ánimo del purgatorio que se pavonea fuera de España. Y lo peor está aún por llegar, si lo irremediable no sólo se hospeda en la Naturaleza.

Ningún cambio en las convenciones, ninguna fiesta o vacación de las voluntades, ningún año nuevo cambia el ritmo o el sentido de los procesos naturales. Y aunque nada hay tan parecido al tiempo físico que ordena los fenómenos de la Naturaleza como el de las rutinas que gobiernan los de la sociedad, la libertad política consiste precisamente en la posibilidad de cambiar las inercias que empujan a la degeneración del carácter colectivo en la vida de los pueblos. Si la inercia de este régimen conduce al retorno del pasado criminal al Gobierno, el impulso de la libertad lleva, sin esfuerzos suplementarios, al conocimiento de la verdad y a la liberación de la servidumbre que nos ata al carro de cuatro amos del Estado, repleto de dinero y de crímenes. Es la función que desempeña la democracia como forma de gobierno. Garantizar la permanencia en las instituciones del impulso original de la libertad. No hay democracia si lo que gobierna no es la inercia de la libertad. Y ese movimiento casi mecánico de liberación no lo podrá tener nunca, por su origen y constitución, un régimen exclusivamente ideado para distribuir y mantener el poder entre oligarcas de partidos.

Esa verdad es irrefutable. Ningún partido osará poner en juego el régimen de partidos que lo privilegia. Una vez establecido ya nadie piensa más en su naturaleza oligárquica, ni en su carácter depravado. La ideología suplanta al pensamiento. Sus achaques y defectos se cargarán sobre las personas que lo sirven, como si no estuviera concebido para servirlos y no pudiera constatarse que, incluso promotoras del crimen, devienen insustituibles para el mantenimiento del sistema. El nuevo año se inaugura con el viejo propósito de seguir amordazando la verdad en la justicia y en la libertad de expresión. La aparente apatía de la sociedad civil no es, sin embargo, más que una pura y muda expresión de su impotencia ante la cerrada sociedad política interpartidista, que no la representa. Pero la vida de la razón, aún sofocada por mil sinrazones, nunca muere. Y en la más negra oscuridad siempre existen algunos puntos claros de referencia. Animemos, pues, el primer impulso de la libertad en la sociedad civil a partir del que están dando ya, para el conocimiento de la verdad, esos periodistas, jueces de instrucción y fiscales que no se arredran ante los peligros que entraña para ellos el simple cumplimiento de su deber. Y hasta que la bendita inercia de la libertad pueda gobernar nuestra vida pública no pensemos, por favor, que somos libres.